

## **Alfonso Reyes: Amor a Virgilio y recelo de Horacio**

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

### *I. La dulcedumbre virgiliana de Reyes \**

“Más que un hombre culto parecía la cultura misma”, dijo Ignacio Chávez en su *Adiós a Alfonso Reyes*.

Porque don Alfonso, quien surgiera a las letras como juvenil poeta, estaba dotado de tan multiforme avidez cultural, que acabó por ser el más oceánico de nuestros ensayistas.

Y esta cultura polifacética de Reyes nos reserva grandes sorpresas. Del mismo modo como Shakespeare, aunque sabía “poco latín y menos griego”, creó tragedias geniales como *Julio César*, *Coriolano* y *Antonio y Cleopatra*, inspiradas por Plutarco; así Alfonso Reyes, aunque confiesa pertenecer a una generación “sin fe, sin latín y casi sin Derecho Romano”, creó nuestra carta magna humanística: el *Discurso por Virgilio*,<sup>1</sup> inspirado por dicho *altissimo poeta*.

Era don Alfonso uno de aquellos preparatorianos de formación positivista, “pero fue uno de los rebeldes”, subraya Henríquez Ureña.<sup>2</sup>

“El peso muerto del positivismo se diluye en la mente de Reyes, tal como se diluye en la cultura nacional, cuando en

\* Texto leído en la Academia Mexicana de la Lengua con ocasión del centenario del natalicio de Alfonso Reyes (1889-1959).

<sup>1</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo XI, p. 157 a 177. Este *Discurso* fue reeditado en Río de Janeiro (1932) y en Buenos Aires (1937). Lo incluye también el volumen colectivo *Homenaje al poeta Virgilio, en el segundo milenario de su nacimiento*, México, SEP, 1931 (pp. 385 a 410).

<sup>2</sup> En “Alfonso Reyes”, de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928.

lo político se desvanece el antiguo régimen dictatorial”. Ese *Discurso por Virgilio* es la síntesis de su rebeldía contra el positivismo.

Reyes investiga a Góngora en la época del estallido revolucionario. Es él quien inicia la filología española en la quijotesca carrera de Humanidades que crean en nuestra Universidad los intelectuales del Ateneo de la Juventud —luego Ateneo de México— que actuó eficazmente de 1909 a 1914, por los años del maderismo.

El destino, que parecía ordenar que don Alfonso fuera recordado como hijo de Bernardo Reyes, carismática víctima de una revolución armada; acabó por aconsejar que don Bernardo fuera a menudo recordado como el padre de Alfonso Reyes, apacible revolucionario de la cátedra.

Entre 1915 y 1920, don Alfonso trabaja con Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, para la *Revista de Filología Española*.

Allí estudia por igual a preclásicos y barrocos hispanos, que a románticos y modernos ingleses y franceses, en perspicaces ensayos.

¿Pero qué clase de ensayista era Reyes? Henríquez Ureña lo asemeja a los ensayistas ingleses, pero no a los filosóficos del siglo xvii y del xviii, ni a los polemistas del xix, sino “a los ensayistas libres del período romántico, como Lamb y Hazlitt. La literatura inglesa lo familiarizó con esas vías de libertad”. Para él, como para Goethe, “la literatura es la sombra de la buena conversación”.

Reyes, que había regresado de España en 1924, elogia el acuerdo presidencial de celebrar en México el bimilenario de Virgilio en 1930. En su *Discurso por Virgilio*, Reyes acusa al positivismo aún reinante en nuestras escuelas, de haber ido “descastando en ellas toda planta de Humanidades”. Los hombres cultos de México habían ido “perdiendo sus latines”, esos latines que eran lo que Reyes añoraba de los seminarios levíticos. Porque el latín era casi desconocido por los que siguieron “el camino real del liberalismo mexicano”. Muy poco Derecho Romano se cursaba en la Escuela de Abogados, se queja Reyes.

“En cambio los viejos, los de antes . . .” añora don Alfonso, evocando a García Pimentel y su círculo, que habían corregido a Américo Castro las erratas latinas de su obra sobre Cervantes. Aquello parecía el ambiente del ensayo de Montaigne: *Sur des vers de Virgile*.

Y Alfonso Reyes entona aquí su memorable himno al humanismo: “¿Quién ha dicho . . . que una gran civilización no puede volcarse como el agua misma en vasijas diferentes? No sólo nosotros recibimos la sustancia latina a través de España . . . Sino que los mismos pensadores británicos . . . reconocen que, en los cimientos de su formación nacional, las piedras fundamentales han venido de Roma. El concepto de la civilización latina es ancho y elástico”.

Es aquí donde entona Reyes su célebre proclama: “QUIERO EL LATÍN PARA LAS IZQUIERDAS. Porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las Humanidades como vehículo natural para todo lo autóctono”. La cultura adquirida de fuera no menguará nuestra espontaneidad. Y don Alfonso argumenta con los Modernistas americanos, que se abrieron al Simbolismo francés, y así produjeron una obra “original, peculiarísima”, renovadora.

En síntesis: Reyes ha aprendido la amplitud del panorama histórico de los positivistas con respecto al clasicismo, pero censura a éstos el haber dejado caer la conquista de las lenguas clásicas realizadas desde siglos atrás por los clérigos.

Y Reyes admira también a los levitas en otro aspecto: en la versión rítmica de poetas griegos y latinos. Ya Pagaza había recibido los aplausos de Menéndez y Pelayo.<sup>3</sup> Y en 1950, Alfonso Méndez Plancarte es reconocido por Cosío Villegas y por Reyes mismo como nuestro erudito supremo, a quien confían la temible edición de las *Obras completas de Sor Juana*, labor que exigía una vastísima erudición colonial y barroca, y que englobaba la versión rítmica del casi medio millar de versos latinos de la Fénix. El riguroso trasiego de Méndez Plancarte a los diecinueve ritmos de Horacio<sup>4</sup> los ha convencido plenamente. Coincide en todo con el ensayo “De la traduc-

<sup>3</sup> En la *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1911, t. I., p. 186.

<sup>4</sup> En las *XL Odas selectas de Horacio*, UNAM, 1946.

ción”, incluido por Reyes en *La experiencia literaria*, y sin duda el zamorano ha leído a Reyes, pues da el mismo ejemplo de hipérbaton en Gabriel y Galán: “Que el pan que come con la misma toma/ con que lo gana, diligente mano”.

Escuchemos luego el no menos memorable himno de don Alfonso Reyes a la fuerza evocadora de Virgilio. Reyes se remite a R. L. Stevenson, en cuya novela *La resaca*, un náufrago hambriento en alguna lejana isla del Pacífico sólo tiene en las manos un pequeño volumen de Virgilio, donde descubre pasajes predilectos que sólo le parecían menos bellos porque les faltaba la consagración del recuerdo.

El náufrago abre una y otra vez la *Eneida* al azar, buscando suertes como un nuevo clérigo medieval. Y lo notable del caso es que el texto romano le evoca ambientes de su propia patria inglesa.

“He ahí —comenta Reyes— toda la imagen de un Robinson moral que reconstruye su edificio de emociones partiendo del verso virgiliano”.

En memorable valoración de la *Eneida*, Alfonso Reyes dice que esta epopeya es “alimento de hombres, hierro para varoniles templanzas, donde hay también ocasión a las caricias del sentimiento y también hay lágrimas para los dolores; heroicidad de talla humana; senda medida a nuestro paso. ¡Con razón Virgilio parece siempre y para los hombres de todas las tierras, una voz de la patria! Allí aprendemos que las naciones se fundan con duelos y naufragios, y a veces, desoyendo el llanto de Dido y pisando el propio corazón”.

El secreto de ciertas páginas memorables de Alfonso Reyes, como este elogio del más amado de los poetas, incluye, sí, su propia “prosa de poeta”, pero sobre todo revela la connaturalidad de Reyes hacia la dulcedumbre del mantuano. Acabo de descubrir para mí, que Virgilio inspira a Reyes la benevolencia de tono y de lenguaje que es su mayor timbre de humanista.

Y, respecto a sus contenidos, la grandeza de don Alfonso se basa en que quizá sea él el mexicano más dotado de vocación enciclopédica. Y entiendo por enciclopédico, tanto su empeño de profundizar en muchas ciencias, como el de “no saber

nada a medias”, e incluso el de saberlo todo de primera mano, en lo posible. Reyes fue el ateneísta que cumplió mejor este objetivo de su grupo.

¿Quién, como él, ha trazado vastos frescos históricos como los de “El presagio de América” (en *Última Tule*, O.C., tomo XI); y ha enlazado historia con filosofía en su ciclo de ensayos sobre las utopías (*No hay tal lugar*, O.C., tomo XI)? ¿Y quién ha escrito una historia de la literatura mexicana más bella que la de Reyes, que comienza con sus *Letras de Nueva España*, continúa con *Pasado inmediato* y se completa con la miscelánea de *Grata compañía*? (O.C., tomo XII).

Y tan feliz historiador de países y literaturas, despliega también alta filología. Porque su prolongado amor a Grecia lo llevó a levantar el *monumentum aere perennius* de *La crítica de la edad ateniense* (1941), complementado con el trofeo gemelo de *La antigua retórica* (1942; ambos en el tomo XIII). Y ese monumento abarca otros espléndidos edificios: *Junta de sombras* (1949, tomo XVII), *Estudios helénicos* (1947) y la magnífica síntesis de *La filosofía helenística* (1959, *opus postumum*).

Brilla también aquí el mármol de su versión para nueve y media rapsodias de la *Iliada* (1951) en casi siete mil alejandrinos sabrosos, con un vasto preámbulo sobre *Los poemas homéricos* y el dilatado epílogo *La afición de Grecia*. Y todo ello había sido precedido por la tragedia lírica original del propio Reyes, *Ifigenia cruel* (1924), sobre la cual Gilbert Murray le escribió desde Oxford que “no la habría desdeñado el propio Eurípides”.<sup>5</sup>

Luego de las letras castellanas y las clásicas, Reyes solía extender alternativamente sus alas a toda la literatura con *La experiencia literaria* (tomo XIV), y con la vasta fenomenología de la labor del escritor que es *El deslinde* (1944, tomo XV), completado con unos *Apuntes para la teoría literaria* y con el libro póstumo *Al yunque* (1960).

<sup>5</sup> Carta de Gilbert Murray a A. R., Oxford, 14 de noviembre de 1949: “...I was greatly interested to see the different endings to which, on good psychological grounds, you have led. I do not think Euripides would have disapproved your treatment”.

Si en este ambicioso *Deslinde* ha encontrado Hugo Hiriart que don Alfonso sirve a dos amos (el alumno y la genialidad verbal), allí también radica su grandeza. Porque Reyes es mucho más que un profesor; es el cincelador de una prosa tan esplendente como benévola, dotada de esa “sintaxis invisible a fuerza de precisa” que Borges confesó haber aprendido de Reyes.

Unamuno definía la inteligencia de Alfonso Reyes en función de su bondad. Ésta lo hacía trascender todo pronunciamiento confesional, actitud en que lo había precedido ya Justo Sierra.

Reyes sabía que las ideologías no suman sino dividen; acabó, por ello, siendo la inteligencia más hospitalaria que se pueda imaginar. Y a su amigo Jorge Mañach le escribió cosas de este tenor: “En estos azarosos tiempos no se es ateo ni creyente, totalitario ni demócrata; se es simplemente cardíaco... y cordial”.

Pero yo vislumbro que toda la cosmovisión de Alfonso Reyes, basada en el mundo clásico helénico —que es el *opus maius* que le pedía Gabriel Méndez Plancarte en el *Horacio en México* de 1937— ya se hallaba *in nuce* dentro de las veinte cuartillas de su referido *Discurso por Virgilio*.

“Llevando un *Virgilio*, se puede bajar sin temor a los infiernos”, escribe allí Reyes, siguiendo de cerca a Sor Juana y de lejos a Dante. Al estudiar al Mantuano, Reyes debió de sentir la musicalidad arrolladora del hexámetro virgiliano, pues subraya en el mismo *Discurso*: “La música conocida es más música, y la oreja, como la va presintiendo, parece que la disfruta dos veces”.

Así lo he sentido a mi vez, aun antes de conocer la frase de Flaubert: “Esos versos de Virgilio que me obsesionan como inolvidables melodías”.

En esta clave musical he descubierto, por mi cuenta, ciertos *Leitmotive* de la *Eneida* tan nítidos como el tema de trompetas de la tempestad: *Luctantes ventos tempestatesque sonoras* (“Luchantes vientos y tempestades sonoras”. *Aen.* I, 53): y como el efecto de cornos que evoca murmullos: *Illi indignantes, magno cum murmure montis* (“Ellos, indignados, con mag-

no murmullo del monte”. *Aen.* I, 55); o bien, como la evocación de un mar de violines que sugiere los astros: *Clamores simul immensos ad sidera tollit* (“Al mismo tiempo, inmensos clamores eleva a los astros”. *Aen.* II, 222); o también como el redoble de tambores que describe una cabalgata: *Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum* (“La pezuña al seco campo azota con cuádruple ruido”. *Aen.* VIII, 596).

Procede luego don Alfonso a recomendar la lectura de Virgilio en las escuelas, en buenos fragmentos traducidos de las *Geórgicas*. Y pide se lean también fragmentos de “nuestras *Geórgicas*, o sea, la *Rusticatio Mexicana* de Landívar” (a cuyas versiones de Loureda y de Federico Escobedo citadas por Reyes, añadimos nosotros la de don Octavio Valdés, publicada íntegra en prosa durante 1965, y ya en proceso de reedición. En esta bella versión he basado los hexámetros que ahora presento como fin de fiesta, en signo de admiración a Reyes, a Landívar y a don Octaviano).

Doy primero la descripción que cierra el libro X de la *Rusticatio*. Es una persecución de toros salvajes en noche de luna llena:

Mas cuando el toro abandona los oscuros bosques y sombras  
y con paso grave en el campo dilatado se muestra,  
tropa de jinetes rauda azuca con espuelas de hierro 285  
a veloces caballos, y sigue al que acude a las aguas.

Éste, primero intenta derribar al toro con lanza;  
aquél trozarle las patas con un cuchillo encorvado,  
si no aferra otro su lazo entre los cuernos alzados,  
y amarra la res atrapada, a la cola del potro. 290

La bestia al punto, arrebatada de un terrible furor,  
ataca al raudo corcel, feroz, con la frente curvada.  
Pero el jinete avisado esquivo en carrera jadeante  
al que de cerca lo acecha y amaga con muerte y herida;  
(*Cominus urgentem lethumque ictumque minantem*);  
hasta que al furioso hieran las patas con hierro los socios 295  
o él mismo, a mata caballo, en corral cercano lo encierre.  
(*aut propiora volans ipse inter septa reponat*).  
Pronto la gente, esparciéndose en torno, le amarra

con correas de res las patas al becerro furioso,  
quita a cuchillo su piel, y desnúdale pecho y costillas;  
que a casa llevan y asan, aún palpitantes, al fuego. 300  
(*unde domum vectat flammisque trementia torret*).

Y, después de la violencia, retorno a la dulcedumbre más peculiarmente virgiliana del Libro XI (*Grege*s, “Los ganados menores”):

Se ve así blanquear con esparcidas greyes el campo  
y llenarse las trémulas auras de balidos errantes (v. 54 s.)  
(*implerique vagis tremulas balatibus umbras auras*).

Trasquilan los prados verdeantes con dientes asiduos  
y cubren todo su cuerpo con gruesa gordura. (v. 113 s.)

(Y, al anochecer . . .)

Calla entonces todo el ganado, crías y guardias de ovejas,  
y en lechos herbosos la multitud se reclina a acostarse  
hasta que vuelva luz alma de Febo a los presos del sueño (v. 76 ss.)  
Entonces el pastor a medio llano preparábase un toldo  
formado de esteras arqueadas y, tendido en el pasto,  
un tranquilo sueño de su ronco pecho resopla (v. 86 ss.)  
(*tranquillum proflat rauco de pectore somnum*).

¡Qué entrañable asimilación de la benévola grandeza de Virgilio tuvo Alfonso Reyes!

¡Y qué certeramente avistó en el Rafael Landívar de la *Rusticatio Mexicana* al inspirado que proyectó sobre nuestras campiñas el luminoso poderío de Virgilio, el más amado de los poetas!

## II. Alfonso Reyes debate con Horacio

Alfonso Reyes logró ser un magistral humanista clásico sin dejar de ser un modernista alerta.

Nuestra Universidad conmemoraba en 1979 los 20 años de su muerte con un vasto congreso reyista.<sup>6</sup> En dicho homenaje,

<sup>6</sup> Toda una tarde se dedicó al tema “Reyes y el mundo clásico”. El *Homenaje* total está reunido en volumen, UNAM, 1981 (451 pp.).

Roberto Heredia señalaba “la ausencia de Horacio” al lado de los elogios de Reyes para Cicerón, Virgilio, Quintiliano y Marcial, y hasta para Séneca, a quien Nietzsche motejaba de “torero de la moral”.

En esa ocasión decidí analizar y desentrañar dicha ausencia de Horacio. Lo hice en 1984<sup>7</sup> y ahora lo sintetizo y reelaboro.

Nos extraña en verdad que, en su libro sobre *La antigua retórica* (1942), esquive don Alfonso a Horacio, quien fue siempre para Virgilio *dimidium animae*, la mitad de su alma patriótica tan amada por Reyes.

Es cierto que, como allí mismo anota Reyes: “Entrar aquí en la *Epístola a los Pisones* y otras obras semejantes desviaría el eje de nuestro estudio” (*Obras*, tomo XIII, p. 441). Pero Reyes no sólo esquiva a Horacio; después comprobamos que lo rehúye. Ha empezado subrayando el propio recelo ante el aserto *Odi profanum vulgus* (“Odio al vulgo profano”, o sea, al ignorante en poesía); aserto que, como él mismo señalaba, ya era anunciado por el griego Teognis.

Y aquí escribe don Alfonso: “Tenemos que saludar de lejos a Horacio, nuestro orgulloso amigo. En comparación con el *De sublimitate* de Longino, un autor ha calificado las discretas observaciones de Horacio como un tratado *De mediocritate*”.

Ya vemos que, según esta tesis, Longino escribe sobre lo sublime, y Horacio sobre lo mediocre o mediano. Y Reyes lo acepta, sólo con esta llana salvedad: “Cierto es que el tratado (de Horacio) va tejido de frases tan lapidarias y sentenciosas, en expresiones tan felices y artísticas, que la posteridad lo ha convertido en un Diccionario de Citas” (*loc. cit.*).

¿Son satisfactorios estos evasivos elogios de don Alfonso? En parte sí, pues al menos no ha tratado a Horacio con la frialdad con que califica a ese cofre inagotable de vivas gemas y de vulgares abalorios que es Ovidio.

Pero nos desazona, en cambio, que el maestro exalte a boca llena “la poesía vivaz y directa del bilbilitano Marcial, cuya

<sup>7</sup> T.H.Z., *Lengua y poetas romanos en Alfonso Reyes*, Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, UNAM, 1984.

musa es la brevedad misma". Nos sorprende que el expositor que no quiso desviarse para hablar de la *Poética* de Horacio, sí se dé lugar en cambio, para considerar a Marcial "más dotado que ninguno para haber escrito una poética sin pies de plomo". En otras palabras, a pesar de que Reyes ya ha reconocido en varios aspectos a Marcial como discípulo de Horacio, opina que el hispano pudo haber escrito una poética superior a la del romano.<sup>8</sup>

¡Curiosa aserción! Porque debe saberse que Marcial encierra aún mayor proporción de abalorios que Ovidio. En cambio, la *Carta a los Pisones*, en su enorme riqueza, ha inspirado toda clase de obras, desde la *Poética* de Boileau, con su respectiva versión parafrástica castellana de Alegre, pasando por los *Hints from Horace* de Lord Byron y por las *Fábulas literarias* de Iriarte, hasta las *Poéticas* de Edgar Allan Poe y de Pablo Neruda, y hasta muchas ideas del *Viaje al centro de la fábula*, de Monterroso, el satírico de agudeza horaciana.

### *Fluctuaciones de Reyes ante Horacio*

Las actitudes de Horacio, por lo demás, han venido mereciendo de don Alfonso, reacciones fluctuantes.

Porque él, que llegaría a tener como notas características de su prosa "el medio tono y la levedad",<sup>9</sup> ya había escrito a sus veinte años una oda típicamente horaciana en título y contenido. Parecería un poema escrito por un Horacio que vertiera los ocho versos asclepiadeos mayores de su oda a Leucónoe (la 11 del libro I) en otros tantos alejandrinos, y los llamara *Filosofía a Lálage*.<sup>10</sup> Así canta Reyes:

Duerme en la chispa frágil la palpitante fragua,  
y en el fugaz intento nuestra fatalidad...

<sup>8</sup> Reyes muestra a Marcial seguidor de Horacio al escribir que encuentra entre "los poetas satíricos que vienen de la inspiración de Lucilio Gayo y... de Horacio... a Persio, Juvenal y Marcial" (*O. C.*, XIII, p. 449).

<sup>9</sup> Hernando Valencia Goelkel, *Reseña de La filosofía helenística* de A. Reyes. Bogotá, 1960.

<sup>10</sup> Lálage ("la charlatana") es el nombre de otra de las musas ocasionales de Horacio. Aparece en la oda *Integer vitae* (I, 22).

Pero nueve años después Reyes, ya más ensayista que poeta, escribe en Madrid que, cerca de Pompeya, “Horacio encontró a Leucónoe y le reveló el *triste secreto de la felicidad* (‘disfrutar el día que pasa’)” (*O. C.*, tomo IV, p. 534).

Y era él mismo quien, como acabamos de ver, había escrito en 1910 a Lálage acerca de un “fugaz intento” que es prácticamente “el día que pasa”, de Horacio.

¿Acaso por influjo de la hipercrítica germana ha censurado Reyes a Horacio por su incoherencia filosófica? Así lo sugeriría la nota de esta crítica madrileña de Reyes mismo: “Curso de M. Durrbach en el Inst. Fr. de Madrid”. Empero, la flexibilidad de pensamiento no disgusta a Reyes: él mismo había imitado a Horacio en su citada *Filosofía a Lálage*, volviendo estoico el aire epicúreo de su modelo.

Pero podría verse en esas censuras, también una especie de arrepentimiento de Reyes por la facilidad con que él mismo cayó en lo que viene siendo la “seducción horaciana” ¡desde sus primerísimas páginas! Esto le sucedió en su *Descripción del bosque de Chapultepec*, tarea de la clase de literatura, donde el bachiller Alfonso incluye la primera estrofa del horaciano *Beatus ille* de Díaz Mirón: “¡Oh paz agreste! ¡Cuánto/ a quien se acoge a ti brindas provecho!...”<sup>11</sup>

Reyes, no obstante, gusta de los eclécticos. Hasta defiende las fluctuaciones políticas de Cicerón, asimilándolas a la geometría relativista que “muda la ecuación con los cambios de punto de referencia” (*O. C.*, XIII, p. 414. Texto de 1942).

Más aún, a Reyes le complace elogiar en Horacio las actitudes estoicas. Por eso escribe en 1944: “Qué hazaña es, sobre los escombros que nos rodean, seguir de frente, pisar impávido las ruinas, como el varón de Horacio. Es cosa de pensar en *El diván* de Goethe, o en los *Esmaltes y camafeos* del dulce Gautier, escritos entre el retumbo de los cañones”.<sup>12</sup>

Y lo curioso es que el maestro vuelve a citar en el tomo XI (p. 200, año 1932) el mismo tópico de Horacio acompañado otra vez por Goethe, pero con otra referencia literaria de éste, con lo cual muestra conocer más al de Frankfurt que

<sup>11</sup> Ver F. Tola, *Museo Literario*, Premiá, México, 1984. p. 119.

<sup>12</sup> En el ensayo *Sobre Jules Romains*, Tomo IX, p. 430.

al de Venusia: “La fuerza de la continuidad, el valor para ‘seguir adelante sobre las tumbas’ como suspiraba Goethe; para el ‘impávido pisar sobre ruinas’ como comentaba Horacio”.

Y en más de una ocasión vuelve Reyes a citar al vate romano junto al maestro alemán, como cuando anota: “Y Horacio, como Goethe en sus conversaciones, aconseja no buscar excesivamente la originalidad” (*O. C.*, XVI; p. 358. Año de 1950). La cita horaciana la aplicamos a la frase *Difficile est proprie communia dicere* (*Arte*, 128: “Difícil es decir de modo propio las cosas comunes”).

Pero, a pesar de las convergencias de Horacio con el amado Goethe —quien desde luego era un buen lector horaciano— don Alfonso decide no elogiar de lleno el parcial estoicismo de Horacio, sino mejor mellar la punta de las flechas más personales de éste, ¿Que si alguien señalaba “una sospechosísima influencia de Horacio en Nezahualcóyotl”, según sonaba en las *Aztecas* de Pesado? Reyes no ve ningún problema: “Una misma manera del mundo es todo. ¿A qué tanto asombro? También en el valle de Anáhuac resonaban, con distinta voz, el *Carpe diem* y el *Dulce et decorum est pro patria mori*” (*O. C.*, XII, p. 296. Año 1946).

Indro Montanelli había escrito que Horacio tiró el escudo y huyó de Filipos porque tenía prisa por ir a escribir en una oda: “Dulce y honroso es morir por la patria”. En cambio, Reyes señala que este aforismo es lugar común de la poesía, incluso de la precortesiana. Por ello él mismo comentaba que a José J. Pesado “Horacio no se le apartaba de la memoria ni cuando se ocupaba en cosas de poesía arqueológica nacional; así... observamos a cada instante, con pasmo y con risa juntamente, nada menos que la influencia de Horacio en Nezahualcóyotl” (*El paisaje en la poesía mexicana*, *O. C.*, tomo I).

Y, con respecto a un texto tardo barroco de fray Joaquín Bolaños llamado *La portentosa vida de la muerte*, comenta don Alfonso en su tomo XII (p. 388): “Como en Horacio, la Muerte lo mismo pasea por las torres de los reyes que por las cabañas de los pobres (Nótese que quien recuerda aquí a Horacio es Reyes, más que Bolaños). *Tema rancio en todas las literaturas*,

transportado de la Edad Media hasta la España de los siglos modernos por Manrique y Quevedo". Igualmente desairada es esta otra alusión: "El bien no vendrá a llamar a nuestra puerta como la Fortuna en Horacio, mientras estemos durmiendo" (*O. C.*, t. XI, p. 142). Aquí no queda claro si se trata de la *Epístola* I, 4 del Venusino, o de algún otro texto mal digerido por Reyes.

Debe, empero, observarse que el abolengo del tema de la muerte arranca justamente de las sonoras aliteraciones del dístico horaciano:

*Pallida Mors aequo pulsat pede pauperum tabernas  
regumque turres* (Oda I, 4, 13 s.).

Luego, cuando Reyes escribe sobre la comunicación, declara irónico que el dictáfono será muy útil "para aquellos que, como Horacio, salten de la cama en mitad de la noche, acosados por el estro y afanosos de aprovechar las inspiraciones fugitivas" (*O. C.*, XIV, p. 50; 1941).

Horacio, por el contrario, nunca escribió que acostumbrara hacer tal cosa. En realidad, él aconsejaba al joven Lolio: *Ni/ posces ante diem librum cum lumine.../ invidia vel amore vigil torquere* (*Epístola* I, 2, v. 35 ss.; "A menos que antes del día pidas un libro con luz/ ...de amor o envidia —despierto— serás torturado"). Se trata de la misma idea del capitán Andrada, tan elogiada también por Reyes.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> En su artículo sobre *Virgin Spain* de Waldo Frank (XI, p. 141) don Alfonso evoca "la propia mesa del justo" donde comió "las mejores y más frescas legumbres de que tengo recuerdo". Ellas le evocaban "aquellos tercelos de oro de la *Epístola moral*:"

Donde no dejarás la mesa ayuno  
cuando te falte en ella el peje raro,  
o cuando su pavón te niegue Juno".

Tópicos todos del *Épodo II* de Horacio. En efecto allí, el *Non afra avis* fue vertido por Méndez Plancarte con el mismo vocablo de Andrada: "Ni el pavón africano". En seguida, el *Magisve rhombus aut scari* lo cita Plancarte con la voz misma del sevillano: "Ni extraños peces". Por último, Horacio condensa las frescas legumbres de sus vv. 55 a 58, en el hemistiquio *Has inter epulas* ("Entre estos banquetes", v. 61). que vienen siendo la citada "mesa del justo" de Reyes.

Así canta Andrada en la *Epístola moral*:

Un ángulo me basta entre mis lares,  
*un libro* y un amigo, *un sueño breve*  
que no perturben deudas ni pesares.

Ya se ve allí, entonces, que no hay en Horacio compulsión de escribir sino invitación al sano madrugar.

Y en *El derecho a volar* (O. C., tomo XI, p. 204; 1935) ya don Alfonso había escrito que avanzar un poco cada día “es la enfermedad divina del hombre”. Y concluye citando dos líneas de Horacio:

*Nil mortalibus arduum est;*  
*caelum ipsum petimus stultitia.*

Este dístico lo traduje: “Nada hay arduo a mortales./ Estultos, atacamos aun al cielo”.

Y Reyes comenta conclusivamente: “¿Pero será estulticia, Horacio? Yo, al menos, no lo pienso así”. Y está en lo justo don Alfonso: Audacia no es estulticia. Pero Horacio queda a salvo de censuras porque en esa oda *Sic te diva* (I, 3) sólo alude a los peligros del mar, tan reales que acabarían arrebatándole para siempre a su amigo Virgilio.

Y mientras el bimilenario del cantor de Dido (en 1930) inspiró a Reyes el vibrante *Discurso por Virgilio* citado, en cambio el bimilenario de Horacio (en 1936) invitó al maestro a dudar ante “las versiones de clásicos convertidas al estilo casero”.

En su ensayo *De la traducción* (XVI, p. 155) señalaba Reyes que se advertía en esas fechas el propósito de meter en casa al poeta latino. Y comentaba: “Prendidos en las reacciones automáticas... de un hombre medio ante las provocaciones de la vida, los asuntos horacianos no siempre suponen un nivel demasiado excelso”. Y don Alfonso, tras añadir que los temas de Horacio asoman en tal o cual tango argentino, concluye —sin duda citando el ensayito de Lavinia *En el bimilenario de Horacio: un clásico porteño*, cuyo nombre

anota luego—: “Las *Epístolas* (de Horacio) bien huelen a charla de fumador (¡!) aunque entonces no se conociera esa delicia”.

En el mismo *De la traducción*, dice también Reyes: “Aunque groseros y en arrufianado lenguaje asoman (los temas horacianos) en el tango argentino: ‘Vieja fanée y descangallada’ [lejana alusión al *Parcius iunctas* de Horacio], y en aquel otro ‘Fume, compadre’... Otro tango hay que da la réplica a Horacio: ‘Y mañana cuando seas Descolgado, mueble viejo’...” [Aquí no veo más semejanza con Horacio Flaco que con Horacio Quiroga]. Todo esto divagó Reyes en su nota “Por nuestro idioma”, (*Rev. de Bs. As.*, I, núm. 1-3).

Más realista, la alusión horaciana de Reyes concluye: “Pero seguramente, entre las curiosidades del bimilenario, el intento más agudo por buscar el gusto de Horacio, actualizándolo... es la versión, transformada en habanera, de la oda II, 4... *Ne sit ancillae tibi amor pudori*, que Salomón de la Selva publicó en su *Digesto latinoamericano*” (México, 1936):

¡No seas bobo, chico! / Si es cierto que la amas,  
no importa que sea / criadita de casa.  
¿De qué te avergüenzas? / Con peores se enganchan  
los hijos de Alfonso, / y hasta hay un monarca  
que casi se queda / sin trono ni nada  
por una rumbera / rubia de Rumania...

Una nota final del maestro cita otro poema: la *Paráfrasis de Horacio* con temas modernos, en el álbum *Crucero* de Genaro Estrada (México, 1928).

Poco importan —replicamos— semejanzas temáticas ocasionales. La grandeza de la poesía está en decir de modo personal las experiencias comunes. Y, sobre todo en la forma, el tango es sobreabundante, mientras es esencial a Horacio su implacable concisión. Al hablar de “un Horacio porteño”, Reyes estaba haciendo sólo una informal charla de fumador.

## *La piel de las palabras*

¿Por qué sería que muchos aspectos de Horacio eran vistos por don Alfonso con poca simpatía? ¿Acaso no habrá intuido el esplendor de la áurea latinidad, que convirtió en triunfos del espíritu muchas estrofas del amigo de Mecenas?

Creemos adivinar que aquí, en la lengua latina misma, puede encontrarse una razón de la desconfianza de Reyes hacia Horacio. Llega a tales concisiones de estilo y rigores de ritmo el cincelador del *Carmen saeculare*, que acaso el libre cantor de *Ifigenia cruel* llegó a sentir aversión hacia las odas alcaicas y asclepiadeas de Horacio.

Estas odas encierran, no sentencias del *Corpus hermeticum*, sino sólo consejos de sabiduría popular. Pero esos consejos nos deslumbran porque llevan engarzadas sus visiones líricas de diamante, en monturas de áurea latinidad.

¿Llegaría Reyes a recelar de la lengua latina misma, por ocasionarle tales sorpresas?

Algo hay de esto. Porque en su *Aduana lingüística* de 1933, don Alfonso, sin mayor motivación, arroja el guante: “Desafío al latín clásico a expresar, con sus propios recursos y entregado el enredijo de sus declinaciones —etapa anterior a (la sintaxis de) las partículas regimentales— lo que yo me soy capaz de expresar en mi castellano vulgar del siglo xx” (*O. C.*, tomo XVI, p. 163. Río, 1933).

Desmintiéndose a sí mismo, Reyes ya ha testificado que los jesuitas del siglo xviii, los Abad, Alegre y Landívar “volvieron a incorporar el latín con pleno derecho en la vida de la literatura” (*O. C.*, XII, p. 376 y s.). A su vez, la Iglesia había usado el latín como lengua de conversación “para que mejor la entienda la gente humilde, las ovejas predilectas del cristianismo”.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Reyes se refiere aquí (xxi, p. 406) a la alta Edad Media, cuando el latín se hablaba todavía en las calles, pero en su forma más llana. Por lo demás, todavía en el siglo xx hay quien insiste en proponer el latín como lengua universal: Isly ofrece su *Linguum Islanium*; Frölich propone su *Reform Latein*; y el matemático italiano, G. Peano presenta su *Interlingua*, formada sólo a base de latín.

Ahora bien los jesuitas, para volver lengua literaria el latín, durante siglos repitieron a escala frugal el aprendizaje intensivo de Montaigne, encerrado en la niñez por su acaudalado padre, en medio de preceptores y hasta de sirvientes que exclusivamente le hablaban en latín.

Sólo cuando alguien ya posea a fondo esa que parecería ser la tabla periódica de los elementos químicos latinos —la que Reyes llamó “enredijo de sus declinaciones”— podrá disfrutar más tarde los avanzados experimentos de Horacio.

Es innegable, por otra parte, que el lirismo del Venusino no fluye con el caudal sinfónico de los hexámetros de Virgilio, “esos versos que me obsesionan como inolvidables melodías”, según leíamos en la carta de Flaubert a Walter Pater (seducción semejante a la que la *Gioconda* ejercía sobre Michelet), y cuyos “motivos conductores” aliterantes hemos deslindado ya en otra ocasión.<sup>15</sup> Admitimos que Horacio no posee a manos llenas el virgiliano *os magna sonaturum*, o sea, “la boca presta a pronunciar cosas grandiosas”.

Pero de ahí a creer que Horacio no tenga una palpitación patriótica comparable a la de su amigo, hay un abismo. Incluso tiene Horacio elevados impulsos épicos en varios pasajes, sobre todo en las seis vastas odas alcaicas que abren su libro tercero, ciclo que denominan *Carmen de moribus*, o “epopeya de las virtudes romanas”. Por ello el casi presidente del Ecuador que fue José Joaquín Olmedo parafraseó muchas de las virtualidades épicas de Horacio, en sus prodigiosos cantos de victoria a Junín y a Miñarica.

Mas es también innegable que la poesía latina de Horacio, al igual que la castellana de autores como Quevedo, está tan adherida a la piel de las palabras, que sólo puede ser paladeada del todo en el original. El burdo revés de la traducción puede incluso dar impresiones equivocadas respecto a las intenciones del poeta.

Además, existe un Horacio sabio y sorpresivo junto al ya

Y esas latinidades parecen tener más solidez que las lenguas empíricas, como el Volapük y el Esperanto.

<sup>15</sup> En nuestro ensayo “Los motivos conductores de la Eneida”, Anuario NOVA TELLVS I, Centro de Estudios Clásicos, UNAM, 1983.

muy visto del *Carpe diem* y del *Eheu fugaces*. Es el del *Splendide mendax* (III, 11), que desafía a los vicios sociales; el del *Crescentem sequitur cura pecuniam* (III, 16), que ve crecer junto con las riquezas las inquietudes por posibles demandas judiciales; y el del *Vento nimium secundo* (II, 10), que pone en guardia contra los abusos del encumbramiento.

El oro del pensar amablemente reflexivo de Horacio, y su versificación en bronce mayor, forman una aleación única en toda la literatura occidental.

Por tales prestigios, los traductores ibéricos, ora totales, ora parciales del vate del Tíbur que cataloga el *Horacio en España* de don Marcelino, son más de doscientos, y los horacianos nacidos en México son varias docenas. ¿Los más ilustres horacianos de México? Alegre, Cabrera y Quintero, Segura, Pesado, Escobedo y Manuel Othón. ¿Los más abundantes? Segale, Méndez Plancarte, Ambrosio Ramírez y Joaquín Arcadio Pagaza.

### *La nociva popularidad*

Pero nos hemos llegado a preguntar: ¿Acaso esa misma abundancia de admiradores y traductores de Horacio habrá ocasionado la desconfianza de Reyes hacia el vate romano? ¿O el prosaísmo de algunos? ¿O el sentimentalismo de otros?

Respecto a los románticos, el hijo de Bernardo Reyes elogia todo, hasta los suicidios. (Para Borges, la salida de dicho general en pleno “zócalo” cabalgando solo frente al enemigo, fue un virtual suicidio). Así escribe don Alfonso en 1923, *Sobre Espronceda*: “Felices los que dejaron, junto al libro de sus poemas, el gran poema de la vida... Cuando Horacio cuele el filosófico vino... nos da el tipo antirromántico por esencia”.

Y Reyes concluye: “Al temperamento romántico... la *mediocridad apacible* le es insoportable. En el fondo estos poetas... se ven a sí mismos agigantados” (*O. C.*, tomo VII, p. 427; 1923). Nosotros le replicamos que Horacio no se ve a sí mismo agigantado: sabe despreciar el boato (*Persicos odi*,

*puer, apparatus*), pero sabe también libar a sus anchas (*me sub arcta vite bibentem*).

Más bien creemos que don Alfonso cayó en varias de las confusiones que se han tejido en torno a Horacio. El *Beatus ille* parece evasivo de realidades, pero es en cambio un llamado a la hoy urgente desconcentración capitalina. El *Odi profanum vulgus* no es altanería, sino defensa del arte digno contra la incomprensión. Si Horacio busca una *auream mediocritatem*, no se refiere a ninguna “mediocridad apacible”, como anota Reyes, sino al *justo medio* aristotélico: a nuestra urgente “austeridad”.

Cuando Sor Juana canta: “Y dijo: Goza sin temor del hado/ el curso breve de tu edad lozana”, igual que cuando Manuel Ponce convida: “Con risas acatad la primavera/ porque la primavera es una y sola”, están haciendo del *Carpe diem* lo contrario del “triste secreto de la felicidad”. Y López Velarde demuestra que el *Pallida mors* jamás será un *tema rancio* en ninguna literatura, cuando anota: “En la serenidad escueta de los panteones se comprende cómo jamás perderá su interés la sentencia horaciana sobre la condición igualitaria de la muerte” (RLV, *Necrópolis*).

Por tales alturas líricas, si el *Arte poética* se ha vuelto “un Diccionario de Citas”, las *Odas* han sido siempre para los poetas occidentales una cantera apretada de imágenes.

Por lo demás, no hay duda de que, a mayor popularidad, menor novedad. Habiendo entrado Horacio al nivel de la divulgación, ese infatigable lector que era Alfonso Reyes se lo topaba citado e imitado dondequiera. Y poco a poco fue pasando de la estima inicial a la frialdad.

### *Síntesis de antítesis*

Mientras Alfonso Reyes muestra poco aprecio hacia varios tópicos de Horacio, también ama en muchos poetas las cualidades que tienen en común con él, o en herencia de él. Pensemos en el patriotismo de Virgilio, en la sonriente llaneza de Marcial, en la sabiduría caballerosa del autor de la *Epístola*

*moral*, en la serena autoridad de Goethe, y en la blandura en la reciedumbre del horaciano Díaz Mirón, quien incluso cinceló un *Beatus ille* en liras salmantinas, que Reyes citó por extenso (ver nuestra nota 11).

Entonces, son muchos más los aspectos de Horacio que Reyes ama, que los que menosprecia. No es el adversario que parece: diríamos que es un amigo virtual, un aliado implícito de Horacio. Y el propio Reyes tiene densos momentos horacianos, como en los preñados homenajes a Caso, a Lugones, a José de San Martín y a Unamuno que cierran su *Grata compañía*, en el volumen XII. Y como, allí mismo, en el virtual *Carpe diem* de Reyes a Graça Arana: “No nos lo llevó la muerte se lo llevó la vida”.

Y don Alfonso Reyes fue más lejos aún: comprendió abiertamente mucho de la grandeza de Horacio, en numerosas citas fugaces.

Así, anota que “Homero, como decía Horacio, nunca se arrepiente a medio camino” (tomo XIX, p. 30. ¿Estará recordando el *in medias res*?). Allí mismo, (p. 84) recuerda que “Horacio (*Sátira* I, 5) omite el nombre de una aldea porque no logra acomodarlo en sus números”. Y en todo el tomo XIII hay breves apreciaciones horacianas del maestro. Nos habla, por ejemplo, de “Tirteo, muy apreciado por Horacio” (p. 534). Y, antes: “El drama satírico, en boga en Grecia, nunca pasó a Roma. Sólo lo describe el *Arte* de Horacio” (XIII, 258). Aconseja luego no confundir extranjerismos con regionalismos, como los de Tito Livio, Cicerón y Horacio (*Ib.*, p. 473). Y refiere que a Saintsbury lo deja frío casi todo chiste griego (excepto Aristófanes y Luciano). “Entre los latinos algo nos dicen Plauto, Catulo... Horacio en sus salidas de gracejo metropolitano, el zumbón Marcial” (*Ib.*, p. 511). “El vocablo ‘faceto’ latino... es más bien aquella fantasía gustosa que Horacio reconoce en Virgilio” (Sin duda en el *molle atque facetum* de *Sát.* I, 10, 44). Y subraya don Alfonso que en Quintiliano “no escasean las buenas observaciones sobre Cicerón, Virgilio y Horacio” (*Ib.*, p. 518).

En el tomo XIV (p. 194), leemos que “Horacio, en su epístola del *Arte poética*, aconseja no desbocarse lanzando al

mercado de la imaginación nuevas confusiones de especies". Dos citas horacianas del tomo XI: "Hay ósmosis entre las izquierdas y las derechas. . . figuras híbridas como en el *Arte a los Pisones*" (p. 242). Y en p. 384 desfilan las *Islas afortunadas* de Ronsard, "entretejidas con reminiscencias de Horacio y narraciones del monje Thévet".

Y, citando a su tocayo Alfonso Méndez Plancarte, elogia Reyes a Palafox y Mendoza por sus bellos poemas, cánticos "ya con un estilo y gusto salmantinos, o de un Horacio ablandado por Lope" (XII, p. 360).

Y Reyes aprecia mejor a Horacio cuando analiza a Quintiliano para escribir su *Antigua retórica*. Lo ve superior a Lucilio: "La sátira de Horacio es de técnica superior, y nadie lo iguala en la pintura de costumbres". Y luego, Reyes hace suyo el encomio pronunciado por el mesurado Quintiliano: "Horacio es el único poeta lírico digno de ser leído por su calidad general y por la audacia feliz de sus expresiones" (tomo XIII, p. 537).

Después, para alabar a Aristóteles, don Alfonso ve como el elogio supremo, anotar que supera a Horacio: "Alcanza elegancia poemática y no tiene parangón en la antigüedad, al grado de que la misma imitación de Horacio sobre las edades de la vida resulta pálida a su lado" (*Ibidem*).

Incluso da Reyes cierta superioridad a Horacio sobre los griegos, pues a éstos los ilustra con frases del *Arte* horaciana: a Aristófanes lo denomina "*laudator temporis acti*. . . inconforme con lo actual". Y la comparación de Platón entre poesía y pintura la resume en el aserto horaciano *Ut pictura poësis*. Luego, en nuestras letras, Reyes ve peculiar de Pesado, "cierta clásica disciplina aprendida en Horacio" (*El paisaje en la poesía mexicana*).

Ante estos reconocimientos palmarios, deducimos que incluso varias objeciones de Reyes pueden mostrar sólo divergencias ocasionales. O pueden aproximarse a los comentarios desenfadados que han hecho sobre Horacio, López Velarde y Monterroso en este siglo, Acuña y Peredo en el anterior y, todavía más lejos, Fernández de Lizardi.

Inclusive, Reyes llega también a bromear con el Horacio

de la *Epístola a los Pisones* cuando, en su tomo XI, escribe a los lugartenientes de Colón una curiosa *Epístola a los Pinzones*.

Y hasta se reía Reyes junto al Venusino al calificar como “el monstruo híbrido de que se horrorizaba Horacio”, a esa fusión de los himnos de Cuba y México que —usando el derecho de Homero a dormir— engendró en mal momento Rubén Darío: “Que morir por la patria es vivir / al sonoro rugir del cañón”.

Por lo demás, la preferencia de don Alfonso por Virgilio sobre Horacio, ya la mostraba también Dante cuando se desahacía de Horacio en un solo verso:

*Questo è Orazio satiro che viene*

Verso que, sin malicia, interpreto: “Es Horacio satírico el que viene”. En cambio, tanto el liberal mexicano de hoy como el cristiano florentino de ayer, conversan largamente con Virgilio.

Mientras Horacio es sólo, para Reyes, “un Diccionario de Citas”, el *Virgilio romántico* de los dieciséis sonetos de Ángel María Garibay (*Abside*, 1939) es para el regiomontano “hierro para varoniles templanzas... lágrima para los dolores, heroicidad de talla humana” (*O. C.*, tomo XI, p. 163).

El clásico *Discurso por Virgilio* concluye: “En el cortejo de la Agricultura se acerca la Guerra, las manos atadas a la espalda”. Ese ideal de Virgilio lo es también de Horacio, quien en su Épodo II ve los sembradíos de la familia (*paterna rura*) como la más auténtica de las riquezas.